

cuerpo de cadetes en Moscou; que el menor era candidato para el cuerpo de pajes; no quedando más que el segundo, Alejandro, por entrar en la carrera militar. Algunas semanas después se recibió una comunicación informando á mi padre de «la gracia imperial», ordenándosele á Alejandro que entrara en un cuerpo de cadetes en Orel, pequeña población de provincia: costándole á mi padre mucho trabajo y mucho dinero que se permutara dicho punto por Moscou. Este nuevo «favor» sólo se obtuvo en consideración á que ya nuestro hermano mayor se encontraba en el primer cuerpo de cadetes de esta ciudad.

Y así, debido á la voluntad de Nicolás I, ambos tuvimos que recibir una educación militar, á pesar de lo cual no pasaron muchos años sin que, por lo absurda, nos pareciera odiosa esa carrera. Pero Nicolás cuidaba mucho de que ninguno de los hijos de la nobleza siguiera otra, á menos de que no gozaran de buena salud; por esta razón los tres nos vimos obligados á ser oficiales, con gran satisfacción de mi padre.

VI

La riqueza se media en aquellos tiempos por el número de «almas» que poseía un propietario territorial: tantas «almas», quería decir tantos siervos varones; las mujeres no se contaban. Mi padre, que era dueño de cerca de unas mil

doscientas de aquéllas en tres provincias diferentes, y que tenía además grandes extensiones de terreno que dichos siervos cultivaban, era tenido por hombre rico. El procuraba mantener en la práctica esa reputación; teniendo siempre su casa abierta á disposición de sus amigos y manteniendo una numerosa servidumbre.

Éramos ocho de familia y en ocasiones diez ó doce; para cuyo servicio, cincuenta criados en Moscou, y como la mitad más en el campo, no se consideraba demasiado. Cuatro cocheros para cuidar de doce caballos; tres cocineros para los amos y dos para los otros; doce camareros sirviendo á la mesa (hallándose uno con plato en mano tras de cada persona sentado á la misma), é innumerables muchachas en el departamento de las doncellas: ¿quién era capaz de vivir con menos?

Además, la ambición de todo propietario territorial era de que, todo lo que se necesitara para el servicio, se pudiera hacer en casa sin recurrir á fuera.

Si por casualidad observaba una visita, «¡qué bien templado está siempre vuestro piano! ¿Supongo que os lo templará Herr Sehimel? Poder contestar «tengo mi propio afinador», era entonces lo más correcto.

Si el convidado exclamaba cuando aparecía hacia el final de la comida una obra de arte compuesta de helados y pastas, «¡qué hermoso

pastel! Confesad, príncipe, que es de casa de Tremblé» (el pastelero á la moda), el responder «ha sido hecho por mi propio repostero, discípulo de aquél, á quien he permitido que muestre lo que sabe», era cosa que producía general admiración.

El tener los bordados, arneses, mueblaje, en una palabra, todo hecho por su propio personal, era el ideal de aquellos grandes propietarios. Tan pronto como los hijos de la servidumbre llegaban á la edad de diez años, eran enviados como aprendices á las tiendas de moda, donde se les obligaba á pasar de cinco á siete años barriendo, recibiendo todo género de golpes y haciendo mandados de todas clases. Así se comprende que, pocos llegaran á dominar un oficio. Los sastres y los zapateros, sólo tenían habilidad bastante para vestir y calzar á los criados, y cuando verdaderamente se necesitaba un buen pastel para un convite, se le encargaba á Tremblé, mientras que nuestro repostero tocaba el tambor en la banda de música.

Esta era otra de las aspiraciones de mi padre; y casi todos los criados varones, además de otros conocimientos, debían saber tocar algún instrumento. Makar, el afinador de piano, era también flautista; Andrei, el sastre, tocaba otro instrumento; al repostero se le puso primero á tocar el tambor; pero lo hacía tan extremadamente mal, que se le compró una enorme

trompeta, con la esperanza de que sus pulmones fueran menos poderosos que sus brazos; cuando se vió que ni aun esto era posible, se le mandó al ejército. En cuanto á «Tikhon, el de los lunares», además de sus numerosas ocupaciones en la casa, como lampista, frotador de suelos y lacayo, prestaba mucho servicio en la banda, tocando hoy el trombón, mañana el cornetín, y el segundo violín en ciertas ocasiones. Los dos primeros de éstos constituían la única excepción: eran «violines», y nada más. Mi padre los había comprado, con sus numerosas familias, por una cantidad respetable á sus hermanas (nunca compraba ni vendía siervos á los extraños). Por las noches, cuando no iba al Club ó cuando había en casa comida ó recepción, se reunía la banda, de doce ó quince músicos, que tocaban bastante bien y eran muy solicitados por los vecinos para los bailes, y mucho más si nos hallábamos en el campo. Esto era, por supuesto, un motivo constante de satisfacción para mi padre, cuyo permiso se había de solicitar para poder disponer de su música.

Nada, en verdad, le causaba tanto placer como el que se reclamase su ayuda, ya en ese sentido ó en otro cualquiera; por ejemplo, para obtener la educación de un muchacho libre de gasto ó el indulto de la pena impuesta por un tribunal civil. Aunque se hallaba expuesto á sufrir accesos de cólera, poseía indudablemente una incli-

nación natural hacia la clemencia, y cuando se pedía su apoyo, se le hallaba dispuesto á escribir infinidad de cartas en todas direcciones á las personas de mayor influencia y más elevada posición, en favor de su protegido. En tales ocasiones, su correspondencia, que siempre era crecida, se veía aumentada con media docena de cartas especiales, escritas en un estilo muy original, que tenía algo de semiformal y de semihumorístico; cada una sellada, por supuesto, con sus armas, en un gran sobre cuadrado que sonaba como una sonaja, á causa de la cantidad de arenilla que contenía; pues en aquella época el uso del papel secante era desconocido. Cuanto más difícil fuera la cosa, mayores eran sus energías, no descansando hasta obtener el favor que solicitaba para su protegido, á quien en muchos casos no había visto jamás.

A mi padre le gustaba tener siempre convidados en casa: la hora de comer era las cuatro, y á las siete se reunía la familia en torno del *samo-var* (tefera) para tomar el te. A esa hora acostumbraban á venir muchos amigos, y desde que nuestra hermana Elena volvió á casa, nunca faltaban visitantes, jóvenes y viejos, que aprovecharan la ocasión. Cuando las ventanas que daban á la calle aparecían profusamente iluminadas, era bastante para dar á conocer á las gentes que la familia estaba en casa y que los amigos serían con gusto recibidos.

Casi todas las noches teníamos visitas: las mesas de juego se abrían en el salón para los aficionados á las cartas, en tanto que las señoras y los jóvenes permanecían en la sala de recepción ó en torno del piano de Elena. Después que se iban las señoras continuaba el juego, algunas veces hasta las primeras horas de la mañana, atravesándose entre los jugadores sumas de importancia; mi padre invariablemente perdía; pero el verdadero peligro para él no estaba en casa sino en el club inglés, donde las posturas eran mucho más altas que en las casas particulares, y, sobre todo, cuando lo inducían á concurrir á una partida formada de caballeros «muy dignos», en una de las casas más respetables del barrio, en la que duraba el juego toda la noche. En tales casos, lo que perdía era seguramente de consideración.

Las reuniones de confianza en que se bailaba no eran raras, sin hacer mención de un par de bailes de etiqueta, que forzosamente habían de darse todos los inviernos. En esas reuniones, mi padre procuraba que todo se hiciera en grande, sin reparar los gastos. Pero al mismo tiempo eran tan exageradas las economías que se hacían diariamente en casa, que si fuera á referirlas se las calificaría de ponderación. Se ha dicho de una familia de pretendientes al trono de Francia, renombrada por sus partidas de caza, verdaderamente regias, que en la vida íntima

hasta las velas de sebo se contaban con minuciosidad. Igual clase de miseria económica se usaba en mi casa para todo; de tal suerte, que cuando nosotros fuimos mayores, detestábamos todo lo que fuera economizar y contar. Sin embargo, en el barrio nuestro, ese sistema de vida sólo sirvió para elevar el concepto en que se hallaba mi padre en la pública estimación. «El viejo príncipe—se decía—parece que es en casa algo tacaño; pero sabe vivir como lo que es».

En nuestras tranquilas y limpias calles, esa era la clase de vida que más se respetaba. Uno de nuestros vecinos, el general D..., tenía su casa montada muy en grande, y, sin embargo, todas las mañanas ocurrían escenas extremadamente cómicas entre él y su cocinero. Una vez terminado el almuerzo, el viejo general, fumando su pipa, ordenaba la comida.

—Vamos á ver, hombre—solía decir al cocinero, que se presentaba vestido de blanco—; hoy no seremos muchos; sólo hay dos convidados. Nos harás una sopa con lo que nos ofrece la primavera: guisantes, habichuelas francesas y otras cosas por el estilo. Aún no nos has dado ninguna, y la señora, como sabes, le gusta una buena sopa á la francesa.

—Bien, señor.

—Después, lo que gustes, de entrada.

—Bien, señor.

—Los espárragos, por supuesto, no son de la

estación; pero ayer vi unos manojos muy hermosos en las tiendas.

—A diez pesetas el manajo, señor.

—¡Eso es! Además, estamos cansados de tus pollos y pavos asados; tienes que buscar otra cosa en cambio.

—¿Venado, señor?

—Sí, sí; cualquiera cosa para cambiar.

Y cuando se habían decidido los seis platos de la comida, preguntaba el general:

—¿Cuánto he de darte para el gasto del día? ¿Supongo que bastará con ocho pesetas?

—Veinticinco, señor.

—¡Hombre, qué disparate! Aquí tienes ocho pesetas; te aseguro que es suficiente.

—Diez de espárragos y seis de verduras y legumbres.

—Vamos, hombre, es preciso que te pongas en razón; me correré hasta diez; tienes que ser económico.

Y así continuaba el regateo durante media hora, hasta que los dos convenían en dieciocho pesetas y media, con la condición de que la comida del día siguiente no habría de costar más de cuatro pesetas. Después de lo cual, el general, muy satisfecho por haber efectuado tan buen trato, tomaba un trineo, daba una vuelta por las tiendas de moda, y volvía muy contento, trayéndole á su mujer una botella de un perfume exquisito, por el que había pagado un precio

disparatado en una tienda francesa, y anunciando á su hija única que un nuevo abrigo de terciopelo, «una cosa sencilla y elegante» (y bien cara), le traerían para que se lo probara aquella tarde.

Todos nuestros parientes, que eran numerosos por parte de padre, vivían exactamente del mismo modo; y si alguna vez se presentaba un nuevo rasgo distintivo, este tomaba por lo general la forma de alguna pasión religiosa. Ocurriendo así, que un príncipe Gayárin entrase en los jesuitas, escandalizando á «todo Moscou», y otro joven príncipe ingresase en un monasterio; en tanto que muchas señoras de edad eran presa de un atroz fanatismo.

Sólo había una excepción. Uno de nuestros parientes más cercanos, el príncipe (permitidme que le llame Mirski), había pasado la juventud en San Petersburgo como oficial de la guardia. No se ocupaba en tener sus sastres y ebanistas propios, porque su casa estaba lujosamente amueblada á la moderna, y todo en ella procedía de las mejores tiendas de San Petersburgo.

No tenía propensión al juego; sólo tomaba parte en él cuando lo hacían las señoras; pero su flaco era la mesa, en la que gastaba sumas enormes.

La Cuaresma y la Pascua eran las épocas en que más visiblemente se manifestaban sus rarezas; cuando llegaba la primera, que no hubiera

sido propio comer carne, crema ó manteca, aprovechaba la oportunidad para inventar toda clase de platos exquisitos compuestos de pescado. Las mejores tiendas de las dos capitales eran puestas á contribución con tal propósito; se mandaban emisarios desde sus posesiones á la desembocadura del Volga, para traer de allí en caballos de postas (en aquella época no había ferrocarril) los peces más ricos y más raros. Y al venir la segunda, su inventiva no reconocía límites.

La Pascua es en Rusia la fiesta más venerada y más alegre del año; es la de la primavera; los inmensos promontorios de nieve que durante el invierno han tenido invadidas las calles, rápidamente se liquidan, y arroyos bulliciosos las recorren, entrando la estación de las flores, no de modo encubierto y solapado como los ladrones, sino franca y abiertamente; todos los días se notan cambios en el estado de la nieve y en el aspecto de las calles. La última semana de Cuaresma, la de Pasión, era guardada en Moscou en mi juventud con extremada solemnidad; era una época de luto general, y una multitud de personas iban á las iglesias á oír leer los pasajes más conmovedores de los Evangelios, referentes á los padecimientos de Cristo. No sólo no se comía carne, huevos y manteca, sino que muchos rechazaban hasta el pescado, y algunos de los más empedernidos no tomaban nin-

gún alimento el Viernes Santo. Lo que hacía fuera mayor aún el contraste al llegar la Pascua.

El sábado todos iban por la noche á la iglesia, en la que se celebraban los oficios, que tenían un carácter lúgubre; pero al sonar la media noche la escena cambiaba por completo; todas las iglesias se iluminaban en el acto, y alegres repiques resonaban en centenares de campanarios. Entonces empezaba el regocijo general; las gentes se besaban tres veces unas á otras, en la mejilla, repitiendo las palabras de la resurrección; y las iglesias, ya inundadas de luz, resplandecían con las vistosas *toilettes* de las señoras. Aun la mujer más pobre, como pudiera estrenar un traje al año, es seguro que procuraría hacerlo aquella noche.

Al mismo tiempo, la Pascua era y es todavía la señal para comer sin freno, preparándose quesos especiales de crema (*paskha*) y panes, hechos igualmente para tal ocasión (*koolich*); no habiendo persona, por pobre que fuera, que no tuviera, por lo menos, una pequeña *paskha* y un pequeño *koolich* con un huevo, cuando no podía más, pintado de rojo, para que lo consagraran en la iglesia, y romper con ello el ayuno. Para la mayoría de la gente antigua, se empieza á comer por la noche, inmediatamente después de haber oído una misa rezada de Pascua y llevando á casa el alimento consagrado; pero entre la nobleza la ceremonia se posponía hasta el do-

mingo por la mañana, en que se ponía una mesa cubierta de toda clase de viandas, quesos y pastas, y todos los criados venían á cambiar con los amos tres besos y un huevo pintado. Durante la semana de Pascua había siempre una mesa puesta en el gran salón, con los manjares referidos, invitándose á todas las visitas á que tomaran algo.

En esta ocasión, el príncipe Mirski se excedía asimismo; ya estuviera en San Petersburgo ó en Moscou, habían de traerle de sus posesiones un queso de crema preparado especialmente para la *paskha*, del que su repostero sacaba gran partido. Otros mensajeros se despachaban á la provincia de Mongarod, en busca de un jamón de oso que se preparaba para la mesa de Pascua del príncipe. Y mientras la princesa con sus dos hijas visitaba los más austeros monasterios, en los que los oficios nocturnos duraban tres y cuatro horas seguidas, pasando toda la Semana Santa en un estado de ánimo abatido, no comiendo más que un pedazo de pan duro, alternándolo con los sermones que oía á los predicadores rusos, católicos y protestantes, su marido daba todas las mañanas una vuelta por las conocidas tiendas de Milutin, en San Petersburgo, donde se hallaba de todo lo más selecto y delicado que se pudiera imaginar, traído de los confines del mundo, y allí escogía las cosas más notables y raras para la mesa de Pascua. Los

que le visitaban en esos días se contaban por centenares, y á todos se les invitaba á «probar» de este ó de aquel plato raro.

Esto concluyó en que el príncipe se dió tales trazas, que se comió literalmente una gran fortuna; su casa, lujosamente montada, y sus estados se vendieron, y cuando él y su mujer llegaron á la vejez, nada les quedaba, ni un hogar siquiera, viéndose obligados á vivir con sus hijos.

No es, pues, maravilla que al venir la emancipación de los siervos, casi todas estas familias del barrio de los Viejos Caballerizos, estuvieran arruinadas. Pero no debo anticipar los acontecimientos.

VII

El mantener tan numerosa servidumbre como la que había en nuestra casa, hubiera sido verdaderamente ruinoso, de haber tenido necesidad de comprar todas las provisiones en Moscou; pero en aquellos tiempos en que existían los siervos, el problema se resolvía con gran facilidad. Al llegar el invierno, mi padre se sentaba á la mesa de su despacho, y escribía lo siguiente:

«Al administrador de mi estado, Nikolskoye, situado en el gobierno de Kalúga, distrito de Merchóusk, sobre el río Sirena, del príncipe Alexei Petronick Kropotkin, coronel, y comendador de varias órdenes:

Al recibo de ésta, y tan pronto como se establezca la comunicación invernal, te ordeno mandes á mi casa, situada en la ciudad de Moscou, veinticinco trineos rurales tirados por dos caballos cada uno, un caballo por cada casa y un trineo y un hombre por cada dos casas, y cargarlos con (tantas) fanegas de avena (tantas), de trigo y (tantas) de centeno, así como con todas las aves de corral, gansos y patos, bien helados, que han de matarse en este invierno, todo convenientemente embalado y acompañado de una lista completa al cuidado de un hombre elegido al efecto»; siguiendo á este tenor hasta llenar un par de páginas, adonde se hacía punto final. Después seguía la enumeración de los castigos que se impondrían, en el caso de que las provisiones no llegaran á la casa situada en tal calle, número tal ó cual, á su debido tiempo y en buenas condiciones.

Antes de Navidad llegaban á casa los veinticinco trineos rurales, cubriendo la vasta superficie del patio.

—¡Froll—gritaba mi padre desde que tenía noticia de este gran acontecimiento— ¡Heryushka! ¡Yegarka! ¿Dónde están? ¡Van á robarlo todo! ¡Frol, ve á recibir la avena! ¡Uliana, ve á recibir las aves! ¡Heryushka, llama á la princesa!

Toda la casa se ponía en conmoción, corriendo los criados atropelladamente en todas direcciones, del salón al patio y del patio al salón; pero